

**EL FIGON DE ROQUE  
O LA REIVINDICACION SENTIMENTAL  
DEL COCIDO**



No nos explicamos la actual decadencia del cocido. Desde los tiempos de Maricastaña fué considerado nada menos que como el plato nacional. El garbanzo --que tanto se parece a las caricaturas que le hacen a Wenceslao Fernández Flórez--compitió dignamente en los torneos internacionales de culinaria. Un cocido a la española era tan estimado en el exterior--París, Londres, Lisboa--como en el interior... En el interior de los estómagos españoles. "Es el arreglo de la familia", exclamaban solemnemente "las señoras de su casa", que ya, sin el cocido, están definitivamente desarregladas. Con algunas alteraciones--estas alteraciones se llamaban despojos de gallina, morcilla y jamón--se comía en las casas próceres y en la acera de la calle, cuando los albañiles salían de la obra--aunque con menos "alteraciones"--. Aquellos cocidos, amarillos de azafrán, eran los más atractivos y ponían en el mediodía madrileño una nota de color y un oloroso vaho de repollo, siendo ésta la única ocasión en que el repollo no oía mal. Era, pues, un plato democrático, sin que hasta ahora la democracia haya encontrado una fórmula

se ven con telescopio -- que un garbanzo no descompona una olla, que la suegra es garbanzo negro del hogar y otros refranes archisabidos en toda tierra de garbanzos.

Ahora que lo hemos perdido es cuando le estimamos en todo su mantecoso valor--sólo la nostalgia justiprecia la felicidad humana--. Hoy, sin embargo, se me ha acercado un amigo y me ha dicho confidencialmente, como si no quisiera que se divulgase la noticia y cuando llegásemos nosotros ya no quedase ni un solo garbanzo: "Yo sé de un sitio donde hay cocido."

Efectivamente, no era un falso rumor. Había cocidos a ocho pesetas cada cocido. Pero eso no importaba, porque el cocido --desde nuestro punto de vista sentimental--es una cosa que no tiene precio. Y durante el largo viaje del cocido --desde la sopa hasta la morcilla, "la gran señora" de Baltasar de Alcázar -- he evocado los cocidos de Roque, en aquel figoncillo de la plazuela de los Mostenses, al que se subía por una escalerilla. Y de entre la vaharada de mi plato surgía una época literaria, bastante triste y menesterosa, cuya única compensación eran acaso los cocidos de Roque, a los que se podía aspirar sin tener dinero, a condición de ser más o menos poeta. Y en tal caso basta-

ba con decirse a Roque en un tono confidencial, a lo que él respondía con una voz de trueno:

--¿De modo que no puede usted pagar? Pues ahora mismo se va usted a subir en una banqueta y a recitar los versos que más le gusten para amenizar el almuerzo de mis parroquianos. ¡Lo que es gratis no se me va usted!

Y así se verificaron algunas revelaciones poéticas por el buen humor--y la comprensión--de aquel figonero, que presintió la importancia que andando el tiempo habrían de alcanzar las animadoras de los cafés.

La anécdota era un poco triste en el fondo; pero se resolvía con cierto humorismo pintoresco. Ahora la vida literaria ha mejorado y un escritor que tenga algún talento no puede encontrarse en un lance parecido, y aunque no lo tenga, siempre podrá "colocar" alguna novelita rosa. No creo tampoco que ya ni el mismo Dante resucitado pudiese obtener un éxito sentimental semejante. Y es posible que la causa de que la gente sea menos tierna y más antipática es porque--aunque pueda atracarse de todo lo demás con más abundancia que en parte alguna--ha proscrito "el plato nacional", que era la más perfecta fórmula democrática.-- EMILIO CARRERE.